

El rey sapo o Enrique el Férreo

En aquellos tiempos pasados, en los que el desear todavía servía para algo, vivía un rey cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la pequeña era tan hermosa, que el mismo sol, que ya ha visto tantas cosas, se maravillaba cada vez que le daba en la cara. Cerca del palacio del rey había un gran bosque sombrío, y en el bosque, bajo un viejo tilo, había un pozo. Cuando de día hacía mucho calor, la hija del rey iba al bosque y se sentaba en el brocal del pozo fresquito. Cuando se aburría, cogía una bola de oro, la echaba a lo alto y la volvía a coger. Este era su juguete preferido.

Un día aconteció que la bola de oro no le cayó a la hija del rey en su manita, que ella mantenía en alto, sino que pasó por su lado cayendo en tierra y rodando hasta el agua. La hija del rey la siguió con la mirada, pero la bola desapareció, y el pozo era tan profundo, tan profundo que no se veía el fondo. Entonces empezó a llorar y lloraba cada vez con más fuerza, y sin consuelo. Y mientras se lamentaba de esta manera, alguien la llamó:

—¿Qué te pasa, hija del rey, que gritas de tal manera que hasta una piedra sentiría lástima?

Ella se volvió hacia donde procedía la voz y vio un sapo que sacaba su cuerpo gordo y feo del agua:

—Ah, eres tú, viejo chapoteador —dijo ella—. Lloro por mi bola de oro, que se me ha caído al agua.

—Tranquilízate y no llores —contestó el sapo—. Yo puedo encontrar remedio, ¿pero qué me darás si te traigo nuevamente tu juguete?

—¿Qué quieres tener, querido sapo? —dijo ella—. ¿Mis trajes, mis perlas, mis piedras preciosas, incluso la corona de oro que llevo puesta?

El sapo respondió:

—No me gustan tus trajes, ni tus perlas, ni tus piedras preciosas, ni tu corona de oro, pero si me prometes tratarme con cariño, dejarme ser tu amigo y compañero de juegos y sentarme en tu mesita contigo, comer en tu platito de oro, beber en tu vasito y dormir en tu camita; si me lo prometes, bajaré y te subiré de nuevo la bola de oro.

—Huy sí —dijo ella—. Te prometo todo lo que quieras si me traes de nuevo la bola.

Sin embargo, ella pensaba:



«¡Lo que chacharea este sapo simplón! El está en el agua con sus semejantes y no puede ser compañero de ningún ser humano.»

El sapo, en cuanto recibió la respuesta afirmativa, sumergió su cabeza, se hundió y después de un rato volvió nadando hasta la superficie llevando la bola en la boca, y la tiró en la hierba. La hija del rey dio saltos de alegría cuando divisó de nuevo su precioso juguete, lo cogió y salió corriendo de allí.

—Espera, espera —gritó el sapo—. Llévame contigo, no puedo correr como tú.

Pero, ¿de qué le sirvió ir gritando todo lo fuerte que podía su *croac croac* detrás de ella? La princesa no se detuvo, se fue apresurada a casa y pronto olvidó al pobre sapo, que tuvo que volver a su pozo.

Al día siguiente, en el momento en que ella, con el rey y todos los cortesanos, se había sentado a la mesa y comía en su platito de oro, algo subió arrastrándose, *chap, chap, chap*, por la escalera de mármol y, cuando hubo llegado arriba, llamó a la puerta y gritó:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Ella corrió y quiso ver quién había fuera. Cuando abrió se encontró con el sapo sentado. Entonces cerró de golpe la puerta, se sentó nuevamente a la mesa y estaba muerta de miedo. El rey pudo darse buena cuenta de que el corazón le palpitaba violentamente y dijo:

—¿De quién tienes miedo, hija mía? ¿Hay acaso algún gigante en la puerta que quiera llevarte consigo?

—Oh no —respondió ella—, no es un gigante, sino un sapo repulsivo.

—¿Y qué quiere el sapo de ti?

—Ay, papá querido, cuando ayer estaba en el bosque sentada, jugando al lado del pozo, se me cayó la bola de oro al agua. Y como lloraba de tal manera, me la trajo de nuevo el sapo, y como él quería a toda costa ser mi compañero, le prometí que lo sería, pero yo no pensaba que él volvería a salir del agua; ahora está afuera y quiere venir conmigo.

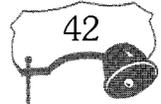
En ese momento llamó por segunda vez y gritó:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme. ¿No te acuerdas de lo que me dijiste ayer, al lado de la fresca agua del pozo? Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Entonces dijo el rey:

—Lo que has prometido, tienes que cumplirlo; ve y ábrele.

Fue y abrió la puerta, el sapo entró saltando y la siguió hasta su silla. Allí se paró y gritó:



El rey sapo o Enrique el Férreo

—Súbeme hasta ti.

Ella titubeó, hasta que el rey se lo ordenó. Cuando el sapo estuvo en la silla, quiso subirse a la mesa y, cuando estuvo sentado en ella, dijo:

—Ahora acércame tu platito de oro para que comamos juntos.

Lo hizo, desde luego, pero se podía ver que no lo hacía con gusto... El sapo comió con apetito, pero ella no pudo probar bocado. Finalmente, dijo el sapo:

—Ya me he saciado y estoy cansado, llévame a tu cuartito y prepárame tu camita de seda, que nos vamos a acostar.

La hija del rey comenzó a llorar y tuvo miedo del frío sapo, al que no se atrevía a tocar y que ahora debería dormir con ella en su hermosa camita limpia. El rey, sin embargo, se puso furioso y dijo:

—No desprecies jamás al que te ha ayudado cuando lo necesitabas.

Entonces ella lo agarró con dos dedos, lo subió y lo puso en una esquina, pero cuando ella estaba ya en la cama, llegó arrastrándose y dijo:

—Estoy cansado, quiero dormir tan bien como tú, súbeme o se lo digo a tu padre.

Ella se puso entonces furiosísima, lo subió y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la pared.

—Ahora ya estarás tranquilo, sapo asqueroso.

Pero cuando cayó al suelo ya no era un sapo, sino el hijo de un rey con bellos y amables ojos. El era, según el deseo de su padre, su amado camarada y esposo. Le contó que había sido embrujado por una bruja perversa y nadie más que ella lo hubiera podido liberar de la fuente, y a la mañana siguiente se irían a su reino. Se durmieron luego y a la mañana siguiente, cuando el sol los despertó, llegó un carruaje tirado por ocho caballos blancos, que llevaban plumas blancas de avestruz en la cabeza y cadenas doradas, y detrás iba el servidor del joven rey, que era el fiel Enrique. El fiel Enrique había sentido tanta pena cuando su señor fue transformado en sapo, que se había colocado tres cadenas de hierro alrededor del corazón para que éste no le saltara de dolor y tristeza. El carruaje tenía, sin embargo, que llevarlo al reino; el fiel Enrique les ayudó a montar, se colocó detrás y estaba loco de alegría por el desencantamiento. Cuando llevaban un rato viajando, oyó el hijo del rey que detrás de él algo hacía ruido como si se hubiera roto. Se volvió y gritó:

—Enrique, el coche se parte.



—No, señor, el coche no: es una de las cadenas de mi corazón, que estaba dolorido cuando vos estabais en el pozo, cuando erais un sapo.

Una y otra vez se oyó estallar algo en el camino. El hijo del rey pensaba siempre que se partía el coche y no eran más que las cadenas que saltaban del corazón del fiel Enrique, porque su señor estaba liberado y era feliz.

